

Cuando los gigantes caminaban sobre la Tierra

MIKE WALL

Cuando los gigantes
caminaban sobre la Tierra

50 años de

LED ZEPPELIN

Traducido del inglés por Alejandro Tobar

Alianza editorial

Título original: *Led Zeppelin. When Giants Walked the Earth*

Publicado originalmente por Orion Publishing Group, Londres

Primera edición: 2019
Tercera reimpresión: 2023

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*



Copyright © Wallwrite Ltd., 2018
© de la traducción: Alejandro Tobar Salazar, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019, 2021, 2022, 2023
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-684-3
Depósito legal: M. 30.085-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Para Linda, Evie, Mollie y Michael... siempre.

Contenidos

Agradecimientos.....	13
Notas del autor	15
Prólogo. El cielo	17

PRIMERA PARTE ¡ASCENSIÓN!

1. El amanecer del ahora	21
2. <i>Daze of My Youth</i>	62
3. Luz y sombra	89
4. <i>Going To California</i>	115
5. En lo alto del cielo.....	143
6. ¡Cañones!.....	170
7. Latigazos.....	199
8. <i>A Bustle in Your Hedgerow</i>	230

SEGUNDA PARTE LA MALDICIÓN DEL REY MIDAS

9. Que así sea	261
10. Todo lo que reluce	291
11. Somos vuestros amos	326
12. Los dioses dorados	368
13. <i>El diablo en su agujero</i>	405
14. Caesar's Chariot.....	438

15. Todo se va por el retrete	469
16. En el rock, ser una... ..	506
17. <i>Gone, Gone, Gone</i>	583
Epílogo. Cincuenta años después.....	602
Notas y fuentes	619
Notas al texto	627
Índice onomástico	633



Un momento de la actuación en el Civic Auditorium de Honolulu (Hawái), el 16 de septiembre de 1971, poco antes de la publicación de su cuarto disco de estudio conocido como *Led Zeppelin IV*, uno de los más vendidos de la historia de la música rock. (Robert Knight Archive / Getty Images)



Led Zeppelin en la English Disco de Rodney Bingenheimer, en Hollywood Boulevard, Los Ángeles, lugar de encuentro de chicas adolescentes a la caza de rockeros famosos. A la izquierda, junto a Robert Plant, está sentada Sable Starr, la reina de las *groupies*; a la derecha John Bonham junto a otra famosa *groupie*, Lori Maddox. En el fondo Jimmy Page y John Paul Jones, en el centro (no confundir con el camarero). (Michael Ochs Archives / Getty Images)

Led Zeppelin usó The Starship, un Boeing 720B con capacidad para cuarenta pasajeros, en sus giras por Estados Unidos de 1973 y 1975. Acondicionado con butacas reclinables y mesas de comedor, un bar bien surtido, una salita para ver la tele y, en la parte trasera, uno de los compartimentos más concurridos de la nave, una sala con una cama doble cubierta de pieles blancas. (Hulton Archive / Getty Images)

Agradecimientos

Personalmente, nunca me han gustado los largos agradecimientos del autor, y, por consiguiente, en mis obras siempre he procurado reducirlos a la mínima expresión. Sin embargo, sencillamente sería de todo punto imposible obviar que este libro no podría haber sido escrito —de hecho, no habría sido escrito— sin la inestimable ayuda de las siguientes personas, a quienes estoy inmensamente agradecido.

Ante todo, a mi esposa Linda, que evitó que los muros se nos vinieran encima durante los largos meses y años consagrados a este empeño. Es posible que no haya escrito ni una sola palabra, pero qué duda cabe de que fue ella quien trabajó más duro para conseguir que la obra llegara a materializarse, por delante de cualquier otro, incluido yo. También a mi agente, Robert Kirby, de United Agents, todo un caballero y un amigo, espero, para siempre; y a Malcolm Edwards de Orion, cuya paciencia y comprensión, sumadas a un asombroso y profundo conocimiento de Led Zeppelin, hicieron de él mucho más que un editor normal; dos auténticos gigantes del mundo de la edición.

Debo asimismo dar gracias de corazón a dos personas cuyas búsquedas en mi nombre superaron de largo el límite de sus obligaciones, y cuya generosidad fue inmensa: Dave Lewis, del estimable Tight But Loose (véase también www.tightbutloose.co.uk), quien no solo me proveyó de música y libros y me permitió acceder a algunas de sus entrevistas (en particular, a sus fabulosas entrevistas a Peter Grant), sino que también me trasladó una maravillosa visión gracias a nuestras numerosas conversaciones telefónicas; y, de igual manera, a David Dickson, quien también me propor-

cionó valiosos servicios al mismo alto nivel, entre los que se encuentran trapicheos, vídeos, ayuda a la hora de concertar entrevistas e incontables horas pegado al teléfono, compartiendo sus años de conocimientos sobre Zeppelin y el lado serio de lo oculto.

También me gustaría reconocer el papel crucial desempeñado por Jon Hotten, en la medida en que me ayudó durante los primeros y titubeantes días de existencia del libro. Gracias a su colaboración, sobreviví a varias noches sin dormir y a crisis de nervios en un momento en que realmente no había nadie más a quien recurrir. Y a mi editor, Ian Preece, por llevar a cabo una labor no menos generosa al final de la jornada.

Luego están esas personas cuya aportación no es tan concreta, pero quienes, de nuevo, han estado ahí para mí (y para el libro) en toda clase de maneras imprevistas, a menudo acudiendo al rescate justo a tiempo. Son: Diana y Colin Cartwright, Damian McGee, Bob Prior, Ross Halfin, Kevin Shirley, Clare Wallis, Peter Makowski, Chris Ingham, Scott Rowley, Trevor White, Nicky Horne, Simon Porter, Maureen Rice, Sian Llewellyn, Geoff Barton, Dr. Chloe Procter, Julie Bennett, Timothy d'Arch Smith, Becky Underwood, Robert Logue, Mark Blake, Ingrid Connell, Chris Welch, Lyn y Tom Cracknell, Penny y Paul Finburg, el equipo del hotel Four Pillars de Oxford, Nigel de Oxford Cottages y —para gran inspiración, ojalá lo supieran— los escritores Paul Kimmage y David Peace.

A esas personas que contribuyeron a sentar las bases y los entresijos del libro, en ocasiones sin querer, o de una manera tan transversal que solo yo le encontraría sentido con el paso del tiempo —a veces años después—, pero otra vez sin quienes las cosas se habrían producido seguramente de un modo bien diferente: Burt Jansch, Ronnie Wood, Paul Rodgers, Bill Ward, Bev Bevan, Mac Poole, Jim Simpson, Tony Iommi, Geezer Butler, Ozzy Osbourne, Terry Manning, Freddie y Wendy Banister, Jake Holmes, David Juniper, Donovan, Aynsley Dunbar, Don Arden, Jason Bonham, B. P. Fallon y Richard Cole.

Y por último, por supuesto, a Jimmy Page, Robert Plant, John Paul Jones, John Bonham y Peter Grant, quienes siempre merecieron algo más. *Do what thou wilt*. Haced lo que queráis.

Nota del autor

Si bien durante años tuve la fortuna de disfrutar de la compañía de diversos antiguos integrantes y/o exempleados de Led Zeppelin, es necesario no perder de vista que esta es una biografía no autorizada, escrita con objetividad y sin presiones indebidas de ninguna influencia externa, con el fin de no hacer otra cosa que no fuera contar la historia como yo honestamente la veo.

También debe quedar meridianamente claro que los pasajes referidos en *flashback* distinguidos con cursiva a lo largo del texto no son las palabras reales de Jimmy Page, Robert Plant, John Bonham, John Paul Jones y Peter Grant, del mismo modo que tampoco las citas son auténticas. Aunque basadas en una profunda investigación biográfica —los hechos a los que remiten aparecen referenciados en la sección «Notas y fuentes» al final de este libro—, las palabras en sí mismas son producto de mi imaginación.

Prólogo

El cielo

Podría suceder en cualquier sitio, pero siempre es mejor si sucede en Estados Unidos. Tierra de abundancia y oportunidades, mundo de posibilidades infinitas. Hogar del maldito rock & roll. Podría suceder en cualquier sitio, pero para ti nunca sucedió al mismo nivel que lo hizo allí, con aquellas noches en las que verdaderamente podías sentir las chispas en el aire, ver su luz, palpitando como el neón de Sunset Boulevard cuando oscurece. Podría suceder en cualquier sitio, pero para ti, o para ellos, nunca sucedió al mismo nivel que en Estados Unidos.

De Nueva York a Los Ángeles, *baby*... El Madison Square Garden... Riot House... en algún lugar bajo la mesa tras el arco iris... hierba y vino y coca y chicas... *smack, baby, smack*... si Dios o el demonio hicieron algo mejor, deben de habérselo guardado para sí.

Mirarlos desde el escenario, ver a miles de ellos asentir con la cabeza, con los torsos desnudos, las manos arriba, una enorme masa oscura de humanidad que se retuerce, que desea, que se agarra, todos a la espera de tu señal para que el ritual alcance su punto álgido de frenesí, para verse desbordados y sepultados, para asfixiarse y, casi sin aliento, pedir más. ¡Ascensión! ¡Hacia la luz! Aprendiendo a volar en tus manos y en tus rodillas...

«Esa era la idea», le dirías al autor años más tarde, «crear algo hipnótico, hipnótico, hipnótico...». Agarrar el arco del violín entre las cuerdas de la guitarra, infligirles dolor y que aúllen con esa sensación que los quema por dentro. Levantar luego los brazos y señalar el arco... allí arriba..., allí abajo..., directo sobre ellos..., empleándolo a modo de lá-

tigo mientras el sonido de la guitarra rebota sobre sus brillantes rostros descompuestos como una piedra lanzada con puntería que pasa a ras sobre la superficie de un estanque. Dañándolos, apuñalándolos, acariciándolos, atrayéndolos y luego desintegrándolos —un demonio respirando; inspira, expira, inspira, expira—. Permitiéndoles saborearlo, mostrándoles de qué iba todo aquello.

¿Sabían los demás lo que estaba pasando? ¿Lo que en realidad estabas haciendo? Es posible. Aunque, estando tan cerca de las llamas, ¿cómo iban a notar lo? Todo cuanto sentían era el calor, la luz, el olor. No obstante, si hubieran sido capaces de tomar la distancia suficiente, habrían contemplado las sombras, y entonces es posible que lo hubieran visto. Que hubieran visto las sombras dentro de las sombras, los grises proyectados y enredados en los negros, las figuras espectrales sin rostro ni forma que les devolvían la mirada...

Arrimarías el arco a las cuerdas de la guitarra, lanzando tus juramentos, y ellos te amaban por ello, vaya que si te amaban, con tu brazo derecho erguido, la varita mágica, con tu cuerpo inclinado hacia ellos como un gancho, todo tu ser convertido en uno con la columna de luz que emana del escenario, formando espirales arriba y abajo y a los costados, un magnífico remolino de colores intensos y oscuros que se convierten en una torre de escalones que a todos ofreces subir, uno por uno, y eres solo tú, el flautista, a quien deben seguir. Arriba, arriba, arriba... la escalera... al...

PRIMERA PARTE

¡Ascensión!

«Para adorarme tomad vino y drogas extrañas,
de lo cual yo hablaré a mi profeta, ¡y embriagaos!
No os causarán ningún daño.»

Aleister Crowley, *The Book of the Law*
[*El Libro de la Ley*]

El amanecer del ahora

Sábado por la noche en Nueva York: 30 de marzo de 1968; el verano del odio casi está sobre nosotros. Cinco noches más tarde, Martin Luther King Jr. será asesinado a tiros en Memphis. Dos meses después, Bobby Kennedy correrá la misma suerte. Hacia finales de año, Richard Milhous Nixon saldrá elegido como 37º presidente de los Estados Unidos. «Hey Jude» de The Beatles, quizá el sencillo con mejores ventas del año, es un tema de la cara B del disco «Revolution», el que mejor conecta con la generación de los pelos largos y los viajes mentales que hace cola a las puerta del Anderson Theatre en el 66 de la Segunda Avenida esa fría noche primaveral. Están ahí para ver a The Yardbirds, la banda más virtuosa de Gran Bretaña. O lo que queda de ella. Tres paradas en su octava gira estadounidense en cuatro años; aunque Jimmy Page y el bajista Chris Dreya todavía no lo saben, esta será la última gira que haga la banda.

«Perdimos el entusiasmo», dice ahora el batería de The Yardbirds y cofundador Jim McCarty, cuando habla desde su casa en Francia. «Realmente no podíamos... Sencillamente nos faltaban las energías para ello. Puede que hubiera sido buena idea habernos detenido un tiempo, habernos sentado a descansar y a pensar en nuevas canciones. Pero por aquel entonces todo se basaba en el trabajo, tocábamos cada noche». Suspira. «Estaba extendida la creencia de que si te tomabas un semestre libre, luego ya nadie te reconocería.»

Sin embargo, parecía un momento extraño para mandar parar a la que había sido una de las más innovadoras, famosas e influyentes bandas de los *Swinging Sixties*. El mundo podía estar yéndose a pique, al infierno

—también conocido como el delta del Mekong en Vietnam—, pero la música se acercaba rápidamente a su apogeo. Los auténticos fans de la música que no hubieran acudido al Magical Mystery Tour en busca de una señora Robinson ligera de ropa, estarían colocados en una White Room¹ [habitación blanca] escuchando a Janis gritarles que tomaran otro «Piece Of My Heart», o inclinándose con los ojos bien abiertos sobre los inocentes transeúntes para decirles aquello de «Hello, I Love You» mientras se aproximaba una pareja de jinetes, «Two Riders Were Approaching»².

El grupo The Yardbirds —famoso por protopsicoéxitos como «For Your Love», «Shapes Of Things» y «Over, Under, Sideways, Down»— también había sido el hogar de tres de los mejores guitarristas de Inglaterra: Eric Clapton, Jeff Beck y, ahora, Jimmy Page. The Yardbirds había aparecido en influyentes películas de arte y ensayo como *Blow Up* de Antonioni. Eran venerados como prometedores artistas emergentes de la talla de David Bowie, Rod Stewart, Steven Tyler, Alice Cooper, Lemmy, Gary Moore, Tom Petty... The Yardbirds eran historia viva... ya incluso en 1968. En lugar de quedarse ahí plantados para ser convertidos en artistas de álbum, un formato que empujaría a contemporáneos suyos como The Who, The Kinks, Cream y The Rolling Stones al estrellato global al final de los sesenta, The Yardbirds estaban a punto de tirar la toalla. ¿Por qué?

El problema, dice McCarty, era que «estábamos desesperados. No queríamos hacer otra gira como The Yardbirds». El cantante Keith Relf y él llevaban meses hablando en privado sobre la posibilidad de separarse. «Sobre hacer algo completamente distinto. Queríamos un cambio, hacer otro tipo de canciones, un tipo de música diferente. Algo fresco. Después de tocar noche tras noche aquel duro repertorio, al final no íbamos a ninguna parte...». Una risa irónica: «Pero ellos querían continuar».

«Ellos»: Dreja y Page. Y sí, vaya si querían.

O, al menos, Jimmy Page sí...

Aquella noche en el Anderson Theatre fue lo que se llama un momento decisivo. Basta escuchar la grabación en directo del espectáculo —que de manera oficial fue inmortalizado por vez primera con el lanzamiento en 2017 del álbum *Yardbirds '68*, producido y remasterizado digitalmente por el propio Page, y en la actualidad disponible en diversos formatos a través de su página web oficial— para comprender lo que podría haber sido de no haber estado tan ansiosos por irse McCarty y Rel. No es una

exageración describir a la banda como proto Led Zeppelin. Y no hay que tener pudor en preguntarse qué es lo que habría sido capaz de conseguir si Jimmy Page no se hubiera bajado del carro solo tres meses más tarde y hubiera encontrado un nuevo vocalista y una nueva sección rítmica con la que tocar —en lo que originalmente se anunció en aquel entonces como The Yardbirds Featuring Jimmy Page—. Luego, tan solo unas semanas después, The New Yardbirds, y luego, incluso más de sopetón y de una forma espeluznante, algo completamente nuevo —se supone— llamado Led Zeppelin.

De hecho, al escuchar el disco en directo *Yardbirds '68*, lo cierto es que el grupo The New Yardbirds habría encajado mejor en la descripción del vestuario que Page ingenió en los meses posteriores a la función en el Anderson Theatre. Porque, *baby-baby*, todo está ahí, en Nueva York, en marzo de 1968. No solo en las plantillas de sonido de «Train Kept A-Rollin», «Dazed And Confused» y «White Summer», sino en toda esa arrogante onda de no-intentes-hacer-esto-en-casa,-los-amos-somos-nosotros. La banda The Yardbirds siempre había tenido destellos de genialidad, se había mostrado enigmáticamente a la última y fabulosamente lejos del alcance del resto. Sus primeros espectáculos fueron descritos por ellos mismos como «*raves*»: salvajes, un desmelene y un desfase para los más excéntricos impenitentes, los que están de vuelta de todo. Ellos no eran sucios roqueros, pero en cambio eran fotografiados montados en Harleys; no eran estirados *mods*, pero iban vestidos como pinceles, en parte a la moda de King's Road, en parte a la de Haight-Ashbury.

«No podías ni tocarlos», me contaría años después Lemmy de Motörhead. «Sobre todo a los que estaban alineados con Jeff Beck. Fue la misma sensación que tuve cuando más tarde vi a la banda MC5: directamente te atacaban, te iban a la yugular. Cuando Page se unió, se volvió un poco más experimental, pero seguía transmitiendo las mismas vibraciones: absoluto descaro. Siempre me gustó eso. Y el hecho de que un buen montón de chavalas guapas acudiera a sus bolos». De hecho, el viaje musical emprendido por The Yardbirds en sus cortos pero intensos cinco años juntos pasó por tantos lances e idas y venidas que su carrera parecía resumir la atmósfera multicultural de los sesenta con la misma claridad que The Beatles y The Rolling Stones.

El grupo se había formado en mayo de 1963 en torno al creativo núcleo compuesto por dos veinteañeros llamados Keith Relf (explosivo cantante rubio, armnicista, letrista, chico de revista y destinatario del griterío adolescente) y Paul Samwell-Smith (bajista de pelo oscuro, guita-